

LA IGLESIA DE LALUENGA

CON ocasión de una visita que hube de hacer a la familia Opi, de Laluenga, conocida en el país, más que por el ilustre blasón que adorna su casa, por el altoaragonés de Casa Colay, hice otra a la iglesia del pueblo en la que me aguardaba una agradable sorpresa. Aunque abiertos ya a las vías de comunicación estos pueblos y visitados en consecuencia por toda suerte de personas, algunas de ellas de elevada significación cultural, siguen encerrando notables secretos, que entregan espontáneamente al nuevo visitante.

Nadie que vea su hermosa torre, levantada en fecha no muy lejana, según me dijeron mis amigos, a expensas del señor Paraíso, de Zaragoza, y sus capillas laterales de esbeltas torrecillas y graciosas linternas, ni nadie que se fije en la entrada renacentista de su fachada, se sentirá acuciado por la búsqueda en ella de cosas antiguas. Por eso penetré indiferente en el templo sin la más mínima sospecha del tesoro allí encerrado.

Unas pesadas pilastras (de 1,80 m. de lado) sostenían las paredes a piedra de sillería, que había contemplado desde el exterior y que me hicieron pensar en tantas obras de tres naves cargadas sobre gruesas pilastras, propias de nuestro Renacimiento; pero levantando la vista advertí su bóveda de sillería perfectamente despiezada, mas no ya renacentista, sino un tanto apuntada, sin crucería alguna y sólo con unos arcos fajones que iban muriendo en cada una de las pilastras. La bóveda era anterior, en consecuencia, y había que dar un salto atrás en el tiempo. Seguí hasta el presbiterio y lo encontré a primera vista románico. La puerta de la sacristía había sido abierta en él posteriormente; por lo que no encontrando adorno alguno ni impostas ni capiteles, que con sus exornos pudieran darme alguna referencia de la época a que pertenecía, me vi obligado a salir del templo y rodearlo hasta colocarme a sus espaldas, frente por frente del ábside, que sólo había conocido por su interior.

Y aquí es cuando sentí el golpe de la sorpresa, que resonó cadencioso en mi alma. Aquel ábside tenía planta y paredes en forma de herradura (fig. 1.^a). Lo veía y no lo creía, pero era realidad. A fe que quedé perplejo; las bóvedas de su interior, sus pesadas pilastras, la revolución

de sus capillas y la desigualdad de sus naves se mezclaban en mi interior en montón confuso que no sabía ordenar ni mucho menos dividir y colocar en el templo.

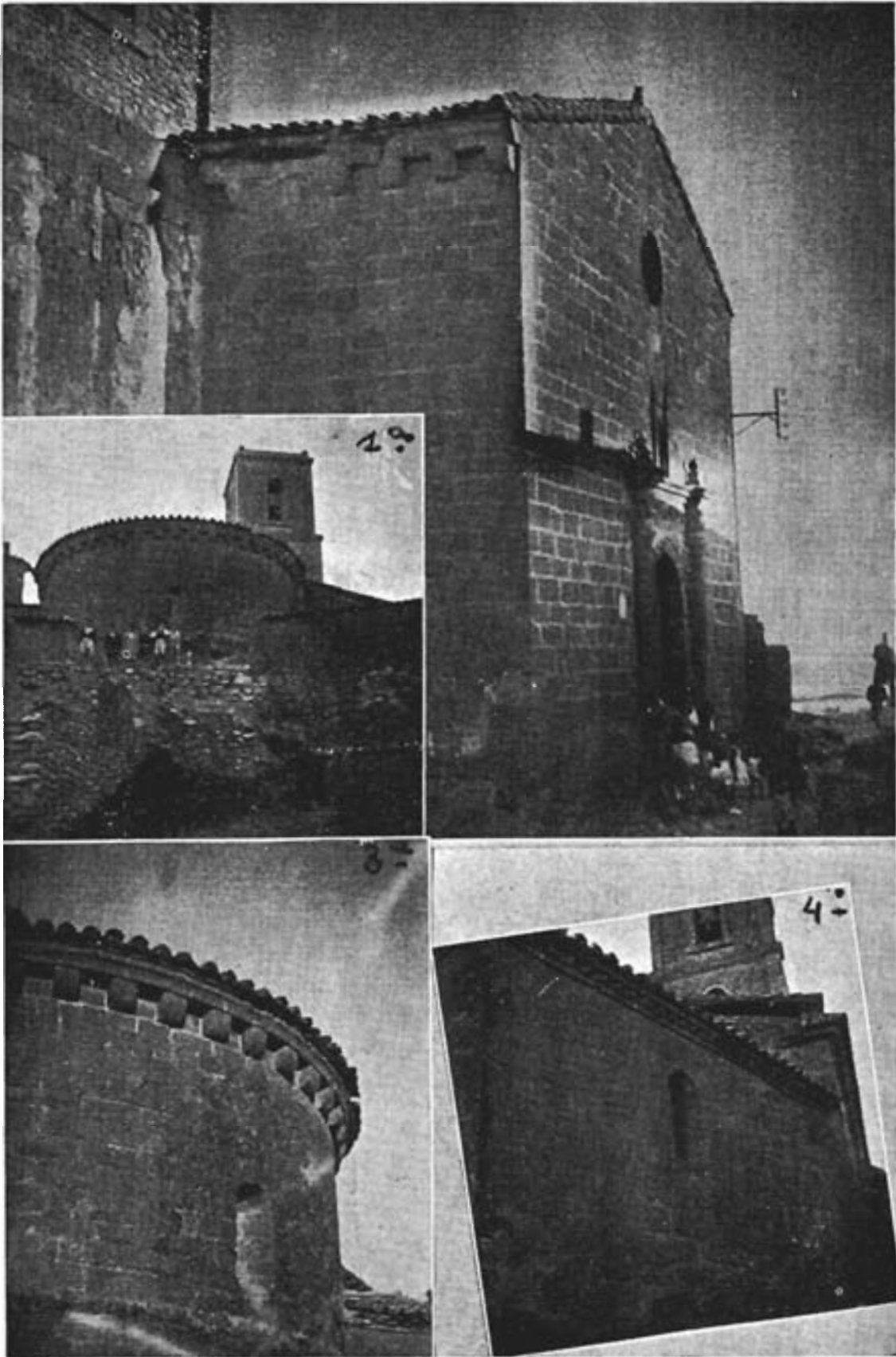
Vino la función religiosa que puso freno a mi curiosidad, el largo y más minucioso examen que hubiera deseado hacer en su interior se redujo a unos infructuosos minutos, pues, caída la tarde, habían invadido ya las sombras las naves del templo. Sólo pude ver, a la tenue luz de las bombillas, el desconcierto existente en las capillas laterales en las que, es cierto, se habían respetado sus arcos de entrada, pero en los que se habían mentido cornisas anacrónicas y en las que enlucidos y superpuestos de yeso ocultaban sus hermosos sillares.

Quedó, pues, en mi ánimo fija la determinación de volver y así lo hice unos días después, acompañado de dos buenos amigos, el ilustre director de «El Cruzado Aragonés», don Francisco Izquierdo Troll, y el consejero del Instituto de Estudios Oscenses, doctor don José Cardús, empeñado en hacer que los castillos y monumentos arqueológicos le rindan los secretos que en sus entrañas encierran. Continué el examen, mas no con la calma que necesitaba, porque también por esta vez el pueblo religioso invadió el templo y hubo que esperar a que lo desalojara después de haber cumplido con sus devociones. Pude, no obstante, obtener las fotos que ilustran este artículo, y que estimo me ayudarán a expresarme y reforzar mis conclusiones.

EXAMEN DEL EXTERIOR.—Sólo en dos puntos se puede contemplar la fábrica primitiva y aun sólo parcialmente: por su fachada principal y por su espalda, en la que se desarrolla su magnífico ábside de planta en forma de herradura.

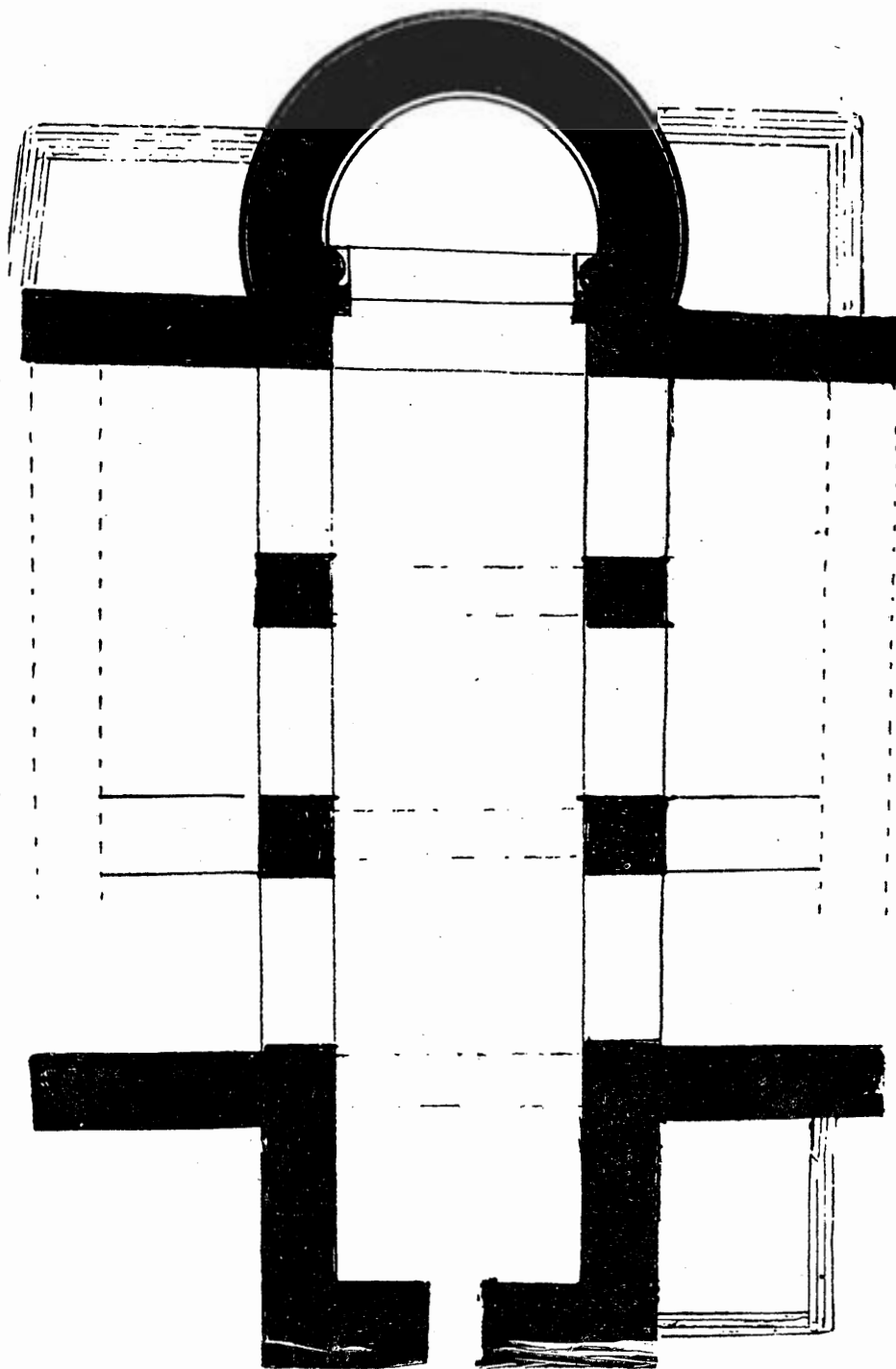
La fachada no está intacta (fig. 2.^a). Se abrió o se desfiguró una puerta en su centro en tiempo muy posterior, flanqueada, si mal no recuerdo, por columnas corintas y coronada de un postizo frontón a dos vertientes con remate de pináculos que ascendían hasta la mitad de la fachada. La clase diversa de piedra y su visible empotramiento en la pared no dejan lugar a duda sobre su posterioridad al resto de la fachada.

Pero una cosa logran, seguramente no prevista por el arquitecto: la de acentuar el contraste entre aquellas piedras nuevas y la fábrica antigua, fuerte como un castillo y severa como un páramo. No se ve en ella ni una sola imposta, ni un saledizo, ni una banda que rompa la uniformidad de su tejado plano. Hasta el alero se suprimió en ella porque no vierte por ellos agua y, si algún adorno se quiso, fue el que naturalmente prestaban los sillares últimos de la vertiente, que forman una especie de gradas no exentas de gracia. El único vano abierto en ella consiste en un óculo sin decoración ni baquetones que lo retoquen y circunscriban y, circunstancia interesante, su arco es falso.



IGLESIA DE LALUENGA

- 1.^a Abside.—2.^a Fachada.—3.^a Detalle del tejado del ábside.—4.^a Detalle de un tejado lateral.



PLANO DE LA IGLESIA DE LALUENGA

- Fábrica primitiva.
- Supuestas edificaciones.
- ≡ Edificios modernos.

Grueso de las paredes, 1,80 m.

En lo que puede apreciarse de las paredes laterales es detalle de importancia el saledizo del tejado formado por una banda en incipiente escocia y sostenida por unos m \acute{u} tulos grandotes y vastos, que a modo de m \acute{e} nsulas corren uniformes por debajo de ella en todo el resto del tejado incluso por su \acute{a} bside (fig. 3.^a y 4.^a). \acute{C} Ser \acute{a} coincidencia? En forma casi id \acute{e} ntica corre el alero por una de las fachadas de San Pedro de la Nave (siglo VIII). La continuaci \acute{o} n del alero a todo alrededor de la nave principal nos permite la conclusi \acute{o} n de que los alzados, paredes y pilastras que la sostienen y cobijan, pertenecen todos ellos a la f \acute{a} brica primitiva.

Las arcadas y pilastras del interior nos obligan a creer que la nave principal se rode \acute{o} , en parte al menos, de otras laterales, de las que no podemos ya darnos plenamente cuenta por las capillas posteriores bajo las cuales se oculta la f \acute{a} brica primitiva. Dichas capillas, rodeando y aprisionando la severa f \acute{a} brica antigua, me daban la sensaci \acute{o} n de una revoluci \acute{o} n de tiempos j \acute{o} venes al amparo de una instituci \acute{o} n secular en que se apoyaban sofoc \acute{a} ndola y aprision \acute{a} ndola.

Lo que fue por tanto la iglesia primera en sus dos naves laterales queda reservado al investigador, tanto bajo sus paredes y piso como bajo sus tejados, b \acute{o} vedas y arcadas.

De estas capillas laterales que embebieron y desfiguraron la primitiva f \acute{a} brica puede el lector darse cuenta por la ilustraci \acute{o} n que acompa \acute{n} a este trabajo (fig. 4.^a) y que corresponde a la parte del Evangelio.

Pero es hora ya que pasemos a la contemplaci \acute{o} n del \acute{a} bside exterior, \acute{u} nico en una iglesia de tres naves. Dir \acute{i} ase que est \acute{a} bamos en presencia de una fortaleza. Da sensaci \acute{o} n de robustez y primitivismo, pero al mismo tiempo de elegancia, precisi \acute{o} n y c \acute{a} lculo. Tanto el alero como el despiezo de sus bien labrados sillares confirman la identidad de su f \acute{a} brica con la del resto de la nave principal que acabamos de describir. Hacia la mitad de su altura se adelgaza marcando una suave l \acute{i} nea que lo divide en dos cuerpos casi de id \acute{e} nticas proporciones. Una ventana central abocinada, que casi deber \acute{i} amos llamar saetera por lo menguado de su anchura, se encuentra actualmente tapiada por su interior, ocult \acute{a} ndonos en consecuencia su forma de intrad \acute{o} s y si tuvo por ventura columnas y capiteles protegiendo sus jambas.

Pero lo maravilloso del \acute{a} bside no reside ni en la limpieza de sus l \acute{i} neas ni en la sensaci \acute{o} n de fortaleza y equilibrio que causa, sino en la prolongaci \acute{o} n de su arco hasta hacer visible su forma de herradura. Desde que el arco que describe alcanza su di \acute{a} metro hasta donde muere su prolongaci \acute{o} n, podemos sin necesidad de metro calcular un tercio de su radio, y dicha medida suele ser una de las caracter \acute{i} sticas de lo visig \acute{o} tico.

La ilustración (fig. 1.^a) recoge el aspecto del mismo desde una distancia en que el objetivo de la máquina pudo por entero captar toda su fábrica. Su forma de herradura es mucho más perceptible por visión directa. No queda reflejada ni con mucho en la fotografía.

EXAMEN DEL INTERIOR.—Es una pena. Nos encontramos con un interior todo él revestido de un revoco, que no sólo le quita la graciosa visión de sus hermosos sillares, sino que en muchos puntos se le superponen dibujos en yeso, de los que fue tan pródigo el siglo XVIII. Nada podemos aventurar de su primitiva forma. Ciertamente aparece que esta iglesia no es pródiga en exornos y que no nos dará la sorpresa de un San Pedro de la Nave o de la ermita de Quintanilla de las Viñas, ni siquiera de las que embellecen algunas fábricas románicas; pero al menos nos permitirá ver el despiece de sus arcos y hasta dónde llegaba la fábrica antigua y la moderna o el primitivismo de todos sus elementos.

Lo que sí aparece claro, y se trata de un dato muy notable, es que sus dos naves laterales, que son las que ahora aparecen, no tuvieron ábside alguno. Y a este dato debe añadirse que sus naves laterales no tuvieron la misma longitud que la principal. Ni siquiera podemos fallar, so pena de un estudio en que se penetre en sus paredes y se inspeccione su mampostería, si las naves actuales tuvieron la misma anchura o si, por el contrario, formaron conjuntos cuadrados al modo de la mayor parte de las iglesias visigóticas, como Santa Comba de Baude y San Pedro de la Nave o las asturianas de San Miguel de Linio o Santollano de Prados.

Otro dato, necesario de toda precisión, sería averiguar la forma primitiva de su techumbre, que quizás aparecería clara con la inspección de las paredes interiores. Porque no sería nada de extrañar que las bóvedas actuales, posteriores, según echamos de ver, a la fábrica primera, hubieran estado precedidas de techumbre de madera, al menos en sus porciones laterales y de lo que seguramente serían testigos los asientos hechos en sus paredes.

Siendo obra moderna casi todas las paredes, que circunscriben el edificio central, no es aventurado calcular lo que nos queda de la antigua basílica y que se reduce a sus pilastras y a la fábrica alzada sobre ellas del mismo modo que la porción respetada de su fachada principal y la posterior de su ábside. Recogiendo estos datos, un tanto aventurados en lo que se refiere a la longitud de sus naves, que no me atrevo a precisar, podría calcularse su plano en los trazos delineados en el adjunto diseño, plano que por falta de medidas no puede ser exacto, pero que al menos permite trasladar al lector la impresión que de vista formé del conjunto.

A poco que se contemple dicho plano, pocos me parece que se atreverán a considerar dicha iglesia como románica. Lo veda tanto su ábside que la entronca con lo visigótico o con lo mozárabe, como las ausencias de él al comienzo de las naves laterales, como la falta de prolongación de ellas, que no sería de extrañar no llegaran ni siquiera a la longitud que les señala el plano.

Pero si estos caracteres no permiten enclavar esta iglesia en lo románico, a no ser bajo el título problemático de transición al mismo, tampoco nos permiten encuadrarla dentro de lo mozárabe, mientras nuevos hallazgos en nuestra región no nos lleven a la existencia en ella de un estilo propio mozárabe aragonés. El castellano, que es hasta ahora el más conocido, además de ser pródigo en arcos de herradura, tiene como norma constante el que cuando sus ábsides presentan forma de herradura, dicha planta lo sea tan sólo al interior y en cambio al exterior sean cuadrados. Es decir, todo lo contrario de lo que en esta iglesia acontece, en que el exterior tiene la forma de herradura y en cambio el interior aparece románico.

Desde el punto de vista de su ábside mucho más se acerca esta iglesia a la recientemente aparecida en el excavado anfiteatro de Tarragona y que se da como indudablemente visigoda. Como en ella, se verá que sólo con la adición a la entrada del ábside de un elemento arquitectónico, v. gr. una columna adosada o exenta, desaparece la curva interior de la herradura, se cubre el tercio del arco y el ábside queda convertido en románico.

Marco sencillamente estas coincidencias, y por otro lado sus antagonismos, sin que por ello me atreva a inferir un carácter determinado. Para ello creo que es necesario que se proceda a un examen más riguroso, que no está en mis manos.

Creo que con este artículo habré logrado demostrar que no se trata de una iglesia vulgar y que no sería de extrañar pasara con ella lo que ya aconteció a la de San Fructuoso de Ontelios, sin querer por eso levantar el hallazgo a la altura de su rango. Capa vulgar, pero encerrando un tesoro de antigüedad, porque creo que todo lo emparentado, más o menos cercanamente, con lo visigótico, es un verdadero tesoro.

AMBROSIO SANZ